

se le recibió; para comprender la curiosidad de un público impaciente; la mucha concurrencia de admiradores anhelosos de oírle, de contemplarle ó de fijar á lo menos la mirada en aquel anciano tan célebre, que se sentaba entre dos siglos, y que recogía como su herencia los espléndidos laureles del uno, al paso que ligaba su gloria al otro; para formarse una idea cabal del apoteosis de aquel semi-dios, que no había bajado aun al sepulcro, y que dirigiéndose á la muchedumbre apiñada, decía con tan justo motivo cuanto ternura: "¿quereis, pues, hacerme morir de alegría?" Para ver, para oír, para contemplar todo esto, sería menester haberlo visto.

"Podía afirmarse, que existieron entonces dos cortes en Francia, á saber: la del monarca en Versalles y la de Voltaire en París: en la primera residía el buen Luis, llevando una vida muy modesta y que cuidaba de introducir reformas para quitar los abusos y proporcionar felicidad á un pueblo, que deslumbrado en gran manera por su propio resplandor, no sabía apreciar las virtudes pacíficas de su monarca; la primera, digo, tenía todas las apariencias del asilo de un filósofo por su sencillez y tranquilidad, al paso que la mansion de Voltaire ofrecía el espectáculo de un multitud inmensa, que entre aclamaciones y vocerío idolatraba y acudía á prestar homenaje al genio mas gigante de Europa. En aquella mansion trasformada en régia morada, Voltaire, rodeado de los filósofos y de los escritores mas atrevidos y celebrados, que formaban una especie de concilio, podía decir, que tenía por corte lo mas selecto de todas las clases, la flor de todos los países. . . .

"Su coronación tuvo lugar en el teatro Francés, y no hay colores bastantes para pintar la acogida que un pueblo, ébrio de gozo, hacia á aquel preclaro anciano; los bancos, los palcos, los corredores, estaban atestados de jente, y se veía una gran multitud apiñada en todas las puertas. El testimonio del mas vivo reconocimiento de una nación, no llegó nunca hasta tan prolongado pináculo. El actor Brizard le ciñó las sienes con una corona de laurel, y cuando el pueblo echó de ver que Voltaire se la quería quitar, con gran vocerío le obligó á conservarla puesta, y entre tanto el eco repetía entre aclamaciones llenas de entusiasmo los títulos de todas sus producciones. . . . Levantóse el telon, pero por largo rato no fué posible principiar la funcion, pues el ver y contemplar á Voltaire, el hacerle demostraciones estrepitosas era el único pensamiento que dominaba á los espectadores. [Segur]."

Tan grande júbilo no bastó á sostener la vida del anciano filósofo, y al cabo de pocos dias feneció; pero las ideas que había difundido se robustecieron, adquiriendo aquella fuerza que dan la sancion del tiempo y el sepulcro.

Este espectáculo tan lastimoso de un go-

bierno minado en sus bases, y obligado á inclinarse ante una opinion pública que no podía contener, se manifestó de nuevo cuando Luis, á pesar suyo, tuvo que declararse sostenedor de la independencia anglo-americana. Franklin, á quien no se había concedido todavía el favor de presentarse en la corte, disfrutaba de un prestigio, que le engrandecía mas aún que los monarcas, y el pensamiento, que lejos de inclinarse á éstos, retrocedía, se manifestaba lleno de acatamiento hácia aquel físico que se distinguía por sus costumbres particulares [1].

El gobierno francés, que se encontraba cada vez mas en el duro trance de permitir que se le llevase á remolque, no sabía decidirse á abrazar la alianza de los anglo-americanos; pero Lafayette había iniciado ya la cruzada en nombre de la libertad y marchado al otro hemisferio con objeto de verter su

(1) Es muy interesante el retrato de Franklin que nos ha dejado el señor de Morellet y que vamos á consignar en esta nota: "La conversacion de Franklin era de lo mas esquisito: su carácter llevaba el timbre de una verdad ingenua; sus modales eran muy sencillos; su juicio muy delicado se traslucía en las cosas muy insignificantes; su indulgencia era ilimitada y tenía en su aspecto aquella serenidad y dulzura, que se convierte fácilmente en alegría: tales eran las prendas que reunía este varon ilustre, que ha colocado á su patria en el número de los estados independientes, y que ha hecho uno de los mas importantes descubrimientos de nuestro siglo."—Y otro autor de aquella época nos da estos curiosos pormenores acerca de la llegada de Franklin á Francia: "Franklin desembarcó en Francia el día 17 de Setiembre de 1776 con un cargamento de tabaco en vez de dinero, porque su patria no estaba en el caso de proporcionárselo; esta particularidad trae á la memoria otro hecho semejante con respecto á Holanda, la cual, arruinada por la tiranía, pero rica en virtudes, que dan bastante fuerza á los pueblos para reconquistar sus derechos, había enviado sus diputados al gobierno de los Países Bajos con un cargamento de arenas para hacer frente á sus necesidades.

Franklin alquiló un cuarto en Passy sin que se quedara por esto rebajado en la opinion pública. La modestia de su traje y sus modales, recordaban la sencillez de las costumbres antiguas. Había dejado de llevar peluca. Se atraía la atencion por su talle muy esbelto y robusto; tenía una cabeza digna del pincel de Guido. En su juventud había aprendido con esmero el arte tipográfico; y leía por la noche las obras que imprimía durante el dia en la casa donde habitaba en clase de aprendiz. Esta aplicacion continua le había debilitado la vista, y llevaba grandes anteojos y un baston blanco en la mano; hablaba poco; era muy franco y no tenía nada de rudo ó áspero. A ejemplo de Montaigne hacia consistir con especialidad la sabiduria en la duda: no hablaba nunca en un tono afirmativo y dogmático. Este hombre era el idolo de ambos hemisferios. [Nota del traductor].

sangre aristocrática por tan generosa causa. La noble juventud francesa, que debía ser columna de la futura aristocracia de su país, cogió tambien las armas, se avanzó á combatir por el anonadamiento de aquellos privilegios, que en su suelo natural quedaban todavía firmes, y fué á empaparse en principios de igualdad y de encono contra toda especie de absolutismo, de monarcas, de ministros, de clérigos.

"Esta libertad (es tambien Segur el que habla) se ofrecía á nuestros ojos rodeada de todos los halagos de la gloria, y si los hombres de edad madura y los adeptos á la filosofía no descubrian mas en aquel altercado que un medio muy oportuno para dar mayor ensanche á la difusión de sus doctrinas, para poner coto á la arbitrariedad del poder y proporcionar libertad á Francia, manejándose de modo que los pueblos reconquistasen derechos que los filósofos reputaban imprescriptibles, nosotros, mas jóvenes, mas activos, mas fervorosos, nos acogiamos al pendon de la filosofía, instigados únicamente por la esperanza de combatir, de distinguirnos, de alcanzar honores y grados: en fin, hacíamos alarde de filosofía, porque por este camino podíamos llegar á ser paladinos. Pero, despues de habernos dejado llevar puerilmente de nuestro genio belicoso y declarado secuaces y adalides de la libertad, naturalmente aconteció que se apoderó de nosotros un entusiasmo lleno de buena fe, y que recorriendo con ansiedad los escritos, que á la sazón patrocinaban las doctrinas de moda, llegamos á ser sus ardientes sectarios y adversos á los encomiadores de la antigua época, cuyas preocupaciones, cuya pedantería, cuyos hábitos se nos presentaban bajo formas ridículas.

Con semejantes ideas regresó de América la juventud francesa, y Lafayette, el varon que se hacia notar por ser el menos resuelto del universo, se dejó ver en la corte con el uniforme americano, llevando bordado en su tahalí un árbol de la libertad ingerto en una corona y un cetro destrizado, dirigiendo á todos estas palabras: "Nosotros los republicanos . . . nosotros los salvajes . . . Un monarca, cuando no otra cosa, es un mueble inútil."

El contraste, que mediaba entre estas ideas y las instituciones, se fortalecía aun mas cuando se consideraba, que el gobierno en su teson no quería tomar un rumbo diferente del antiguo, y que el monarca en su coronacion seguía jurando que perseguiría á los herejes y condenaría al extremo suplicio á los duelistas. En efecto, mientras los franceses peleaban en el otro hemisferio en favor de la democracia, se decretó en su tierra natal, que nadie ascendería á capitán sin probar previamente que tuviese cuatro cuarteles en su blason de nobleza, y que los plebeyos no ascenderían á oficiales. Cuando Boncerf en su obra, que lleva por título *Inconvenientes de los derechos feudales*, puso de manifiesto que derechos semejantes no tan

solo ultrajaban á la razon y á la justicia, sino que tambien perjudicaban á sus poseedores, y que éstos, por amor á sus propios intereses, debían facilitar su rescate, no dejando de exhortar al mismo monarca para que diera ejemplo practicándolo en sus dominios, el parlamento mandó quemar la obra, y á Turgot no costó poco trabajo salvar al autor de la pena de encarcelamiento. El espíritu filantrópico de los filósofos y algunos procesos estrepitosos habían espuesto ya á la vista con todos los colores de un espectáculo repugnante los vicios de los trámites judiciales, los horrores que se padecían en las cárceles, y el uso perverso que se hacia de las cédulas reales de prision; por lo cual en ningún proceso se dejaba de probar este medio; sin embargo, el parlamento, siempre obstinado, se negó á conceder mejores garantías al culpado. Pero cuando el conde de Mirabeau, cuyos dichos se apoyaban en su propia esperiencia, publicó su obra contra las cédulas reales de prision (*lettres de cachét*), describiendo con colores sombríos y atroces las prisiones de Estado en Vincennes, Luis suprimió estas últimas, y el infeliz las trasformó en granero. ¿Pero á qué conducía semejante hecho? El pueblo, á quien no se impedía verlas, en vez de prodigar aplausos á la generosidad de un monarca piadoso, dando vuelo á su imaginacion, suponía por lo que se presentaba á su vista que los encierros de la Bastilla serian aun mas terribles.

ESTADO DE EUROPA A FINES DEL SIGLO XVIII.

En aquella época no había en Francia tiranía sino demasiada tolerancia, y lejos de reprobar las ideas en boga, se daba la cartera de ministros á adeptos de la filosofía, aunque se carecía despues de aquella fuerza tan necesaria para atacar las preocupaciones y mantener á aquellos en el mando. Un furioso entusiasmo se había apoderado de todos los ánimos, y el ansia de ocupaciones, de energía y de movimiento, se había convertido en una necesidad: todos manifestaban anhelo de poner en actividad sus propias facultades, porque sentían aquella profunda conmocion que se origina del desasosiego que suelen experimentar los que no se quedan satisfechos de su estado presente, y no saben, sin embargo, dónde hallar los medios para mejorar su condicion. Los políticos, que no diferenciaban al hombre de una máquina, pretendían perfeccionarle, concediéndole lo que es necesario para la mayor perfeccion de ésta, y sirviéndose de aquella resolucion terminante á que suele acudir para obrar sobre la materia. El espíritu filantrópico aliviaba en alguna manera la carga de los males; pero el pueblo pedía justicia y no limosna, y los franceses, en su entusiasmo pasajero, pero robusto por su fuerza, pregonaban teorías, que rayaban en el exceso por no haber sido puestas en tela de juicio ni aplicadas, y que sin embargo eran se-

ductoras, las cuales hacían resonar sus ecos en Europa é inspiraban el ardiente deseo de la destrucción. Pero males semejantes y el anhelo de remediarlos no se encontraban únicamente en Francia, pues en la época á que aludimos, esta y sus opiniones eran dictadoras del mundo como la corte de Luis XIV lo había sido en el siglo precedente: y para que fuese más patente, que el cetro no era patrimonio de la fuerza sino de la opinión. Francia se hallaba bajo la dirección de un monarca débil, al paso que los otros, que ocupaban el régio dosel en las potencias inmediatas, desplegaban un carácter enérgico y potente.

El idioma francés, que se había extendido por do quiera, y que por su mucha facilidad seductora halagaba los ánimos, había contribuido en gran manera á popularizar las ideas de los enciclopedistas, cuyo voto todos anhelaban, llevando en triunfo sus opiniones: y las ideas de igualdad y de pueblo soberano, la inadmisibilidad de todo derecho superior al pacto social ó que lo hubiese precedido, la inutilidad de la clase clerical se tenían ya por axiomas: así es que aquella pelea literario-filosófica abría la senda á una nueva política, la cual se alentó aun más por el fuerte sacudimiento que experimentaron las ideas acerca de lo justo, á consecuencia de los principios repugnantes que servían de guía á la licenciosa política de aquel tiempo.

El cristianismo, desplegando sus alas en la edad media, había alentado con su soplo una sociedad nueva, que escudada por la mano del Hacedor Supremo, hallaba un dulce reposo. Dios, en quien reside todo poder, y que es principio de todas las potestades, había delegado su autoridad á su vicario en la tierra, el cual había confiado una de las dos espadas, esto es, la del poder temporal, al emperador, porque era su principal cuidado la salvación de las almas, el mantener la integridad del dogma y escudar la pureza de la moral. El emperador, ungido por el vicario de Cristo en la tierra, era considerado como el jefe de los monarcas, y como representante en aquella asombrosa unidad del poder temporal de la Iglesia; y para que conociera el universo que esta unidad no se diferenciaba en nada, fué llamada en el órden religioso *catolicismo*, y en el político ó más bien terrenal, *sacro romano imperio*: pensamiento prodigioso que colocaba al mundo bajo la salvaguardia de las ideas; que aplastaba la cabeza á la hidra de la arbitrariedad y de la fuerza; que lejos de repartir cetros por derechos de conquista ó de cuna, los confiaba á los que podían merecerlos, porque se apoyaban en la fe ó en la opinión; que muy á menudo con sábia prevision impedía las guerras, no dejando, aun cuando no fuese otra cosa, de debilitar sus efectos mortíferos, y que daba una garantía así á los pueblos como á los monarcas, para que no tuviesen lugar atentados recíprocos, llamándoles á dar razón de sus procedimientos an-

te una jurisdicción cimentada sobre la conciencia de los hombres, y por lo tanto muy poderosa, aunque desarmada (1).

Aniquilado este sistema por obra del protestantismo, que rebeló media Europa contra aquella autoridad tan compacta, sucedió la guerra de treinta años, que puede considerarse como el primer fruto de tan grande descomposición. La paz de Westfalia, que procuró proporcionar una tregua indefinida

[1] Este trozo de nuestro autor es altamente filosófico y digno del talento de Cantú. Los mezquinos, que no pueden por la escasez de su entendimiento ó por sus preocupaciones, ver más allá de la superficie de las cosas, creen que la reforma produjo el bien de la moderna civilización, y que los papas de la edad media fueron el azote de la humanidad. Estos blasfeman de Gregorio VII y de Inocencio III, que llevaron hasta su apogeo el pontificado; pero los verdaderos filósofos, no solamente católicos sino también protestantes, miran bajo otro punto de vista el gran poder del pontificado en la edad media. Leibnitz, aunque luterano, miraba al pontificado como una institución prodigiosa y civilizadora.

Es un principio inconcuso en política, que en donde no hay unidad y reina la fuerza bruta, la humanidad entera tiene que sucumbir. Ahora bien: en la edad media, en que todo lo hacía el derecho de conquista, esto es, la punta de las picas y el puñal; en la edad media, en donde no existía aún un derecho internacional, en donde el feudalismo se creía omnipotente; en la edad media, digo, ¿podía la Europa haberse civilizado si los papas con la fuerza de la opinión y con la santidad de su ministerio no se hubiesen constituido en centro de unidad? Enrique IV de Alemania, que espera como un mendigo, descalzo, con la cabeza descubierta y espuesto á todas las intemperies atmosféricas en el recinto de la fortaleza de Conosa, es el emblema más vivo de aquellos bárbaros germanos, que después de haber tenido fuerza bastante para destrozarse las legiones de Varo, ven embotadas sus armas ante un solo hombre, que no tiene otras en su mano que el Evangelio de Cristo. La reforma que se pregona, como libertadora del espíritu humano, no hizo más que introducir en el seno del catolicismo una fuerza disolvente de elementos heterogéneos, que dieron alas al desenfreno, creando una libertad bastarda, que rompió los lazos de fraternidad y unidad, fomentando guerras encarnizadas. El progreso de las ciencias políticas y morales ha evidenciado hoy hasta tal punto las verdades enunciadas, que aquellos mismos que anhelan un cambio político en Europa, lejos de atacar el catolicismo, procuran escudarse bajo sus alas, persuadidos que la reforma, que conmovió en su origen los ánimos, carece de aquella fuerza de autoridad que se apoya en la unidad, mientras que el catolicismo, que dimana de principios inalterables y eternos, tiene en sí mismo una fuerza inagotable y una expansión prodigiosa, que tiende siempre al verdadero progreso sin necesitar las armas de la revolución y de la anarquía. (Nota del traductor.)

á tamaños males, reconstruyó la Europa, dándole por punto de apoyo un derecho provisional, bajo cuyos auspicios los monarcas se declararon cada uno por sí señores feudales de sus países respectivos; pero dando á entender que no reconocerían ninguna autoridad superior á la suya: y finalmente, establecieron como doctrina social é inalterable la legitimidad de las dinastías, y como cánon muy importante en diplomacia, el equilibrio entre las varias potencias (1). La política se sostuvo por algún tiempo, apelando á las costumbres patrias y á los principios tradicionales, los cuales le proporcionaban todavía, después de haber perdido su punto de apoyo en la religión, bases cimentadas en la moral; pero en el siglo XVIII la política no fué más que un mercado de hombres, todas las tradiciones descaradamente fueron holladas, el interés usurpó su lugar al derecho, y al bien de los pueblos se substituyó la ambición dinástica; de suerte que no tuvo por su guía sino la fuerza bruta, el pensamiento permanente, pero infundado, de redondear el territorio de las varias potencias, y la codicia de dinero para tener en sus manos un poderoso medio de conseguirlo todo, pues el que poseía más vasallos y un ejército más numeroso, se reputaba superior á los demás.

¿Qué idea noble, qué punto de vista sublime puede ofrecernos el movimiento político europeo que se desarrolló en aquella época? Alianzas enlazadas ó quebrantadas por el antojo de monarcas, de ministros y de favoritos; enemigos muy enconados entre sí, y que sin embargo hacen causa común para acosar á los amigos naturales; el anhelo de prodigar coronas á los hijos de una mujer intrigante, llevando hasta el exceso de convertirlo en interés europeo; diplomacia capciosa; espíritu de egoísmo en los gabinetes; convenios de familia y codicia de un espíritu mercantil, que prescindiendo de toda especie de miras nobles, daba la preferencia sobre el bienestar y la paz de Europa á ventajas puramente comerciales y provechosas tan solo á uno ó más particulares: ¡he aquí el espectáculo con que nos brindan los sucesos europeos de aquel siglo!

Por obra de los filosofistas habían desaparecido ya aquellos tiempos á los que Botta (2) llama "lastimosos, porque las promesas

(1) Compulsando las historias, se encuentra que casi todas las monarquías antes de la paz de Westfalia eran más bien electivas que hereditarias, y que el derecho de conquista alteraba á cada paso el equilibrio de las potencias europeas; por lo que el derecho público é internacional no se apoyaban en bases bastante sólidas. Los políticos convienen en que aquel tratado mejoró las formas del estado social de Europa; y Mably con mucho juicio empieza su obra titulada: "Droit publique d'Europe" desde aquella época.

[Nota del traductor.]

(2) Este ilustre italiano es indudablemente

de una vida venidera, eran el resorte que comunicaba y dirigía el movimiento al grande edificio social" [1]. Estendíanse entonces los tratados con artificiosa ambigüedad, y se alargaban los convenios entablados para no llegar al punto, si fuese posible, de dar las satisfacciones requeridas, y no interrumpir el curso de las devastaciones, que se querían continuar. Por lo demás, los tratados se observaban únicamente cuando en su cumplimiento no se requerían sacrificios de ninguna especie. Las guerras, que no tenían por objeto miras elevadas, llegaban á su fin tan solo cuando las potencias beligerantes se cansaban; y el equilibrio político no tenía por su norma las grandes leyes de

uno de los mejores historiadores, que han descrito con viveza de colores, con la vivacidad de Tito Livio y con elegancia antigua la independencia de los Estados Unidos de América. Pero si con aquella obra se granjeó la admiración de los doctos, y se notó principalmente en ella su mucha imparcialidad en la narración de los hechos, no pudo alcanzar igual gloria con su historia de Italia, que sirve de continuación á la de Guicciardini. ¿Se quiere saber qué fué lo que produjo este cambio?—Cuando Botta escribió la historia de la independencia americana, recorría París con un pantalón remendado y los zapatos rotos; cuando escribió la historia de Italia había logrado colocarse en una clase acomodada; poco después de haberse publicado su historia de América, se halló un día en el duro trance de vender el original manuscrito de aquella grande producción, porque no tenía dinero para suministrar un poco de caldo á su mujer que estaba enferma; mientras que, cuando escribió la historia de Italia pasaba de Francia á ésta y después regresaba á París en un carruaje y con bastante lujo.

[Nota del traductor.]

(1) Conocerán nuestros lectores sin mucho trabajo, que Cantú cita en sentido irónico estas palabras de Botta con tal que reflexionen en lo que el autor acaba de exponer acerca de la saludable influencia, que el poder de la Iglesia ejerció en la política de los estados, y en la descripción que sigue haciendo de la tortuosa política, que prevaleció en el siglo XVIII. Algunos escritores superficiales y diplomáticos adocenados creen que la política es el arte de engañar á pueblos y monarcas, y que no puede conformarse con los principios austeros de nuestra santa religión: ¡pobres gentes, cuán equivocadas están! lean estos las obras de Santo Tomás de Aquino y de S. Agustín, y se convencerán de lo contrario. Yo sé muy bien, que muchos al leer los nombres de dos santos en una nota, en que habla de política, se echarán á reír: pero eso no importa nada; y por lo demás para que estos señores se queden más satisfechos, cuando me ocurra otra vez hablar de estos dos ilustres campeones del catolicismo, les daré los nombres de don Tomás de Aquino y de don Agustín, obispo de Hipona: he aquí el modo de arreglarse con los ignorantes.

[Nota del traductor.]

justicia, pues todo queria arreglarse por peso y medida.

La guerra que se encendió con motivo de la sucesion austriaca, puso en claro todo: los vicios de aquel nuevo derecho público, los monarcas, hollando la fe jurada y los convenios que habian mediado entre ellos y Carlos VI, se abalanzaron sobre su herencia, como si no perteneciera á nadie; y llegado el caso de la reparticion, lejos de tener en cuenta el derecho positivo de los pueblos, lo arreglaron todo segun los pactos que habian establecido entre sí. Desde aquella época toda la política quedó reducida á la conveniencia, á saber, á que cada uno procurase obtener lo que mas le conviniera. Los pequeños estados, á quienes interesaba con preferencia el sostenimiento del derecho internacional, se hallaron sin fuerza; y los de primer orden cayeron en pensamiento de que serian cada vez mas fuertes si conservasen unidad de ideas en su marcha. Así es, que cuatro potencias, que casi no se diferenciaban entre sí, bastante poderosas para poder alcanzar cada una por su parte un puesto preferente, se fijaron en el gran propósito de dar todo el ensanche posible á las fuerzas materiales de sus estados.

María Teresa estaba á la expectativa de las circunstancias para reconquistar lo que se habia visto obligada á ceder á Prusia. Carlos VI habia empeñado su palabra de amnistiar á los corsos, y sin embargo, los habia puesto en manos de sus enemigos, y ahora Prusia, imitando aquel ejemplo, violaba la paz, invadiendo la capital de Sajonia; é Inglaterra, sin previa declaracion de guerra, rompía las hostilidades apresando la escuadra francesa, ensangrentando los campos del Canadá.

Luis XV pactó como un mercader la compra de Córcega; no se permitió á Carlos VI y á José II abrir nuevamente el Escalda y ejercer el comercio en las regiones orientales; y finalmente, se obligó á éste á no dar tránsito á los franceses por el territorio imperial; los monarcas formaban alianzas para facilitarse la intervencion en países extranjeros, y prestar apoyo en otras naciones á gobiernos que ellos mismos habian impuesto á pueblos extranjeros, como lo verificaron Prusia é Inglaterra con respecto á Holanda. Se ponian en juego todos los medios posibles para no dejar traslucir de antemano las declaraciones de guerra, con objeto de tener mayor seguridad en la sorpresa, y se usaba del mismo ardid relativamente á los tratados de paz que querian entablarse, para no detener el curso de las devastaciones empezadas. En la política interior todo tendia á aumentar las fuerzas del poder real; se calculaba á los estados como una finca en arrendamiento, y á los pueblos como jornaleros. Anonadadas las libertades y franquicias, se quiso sacrificarlo todo á la centralizacion del poder, y á decir verdad, no quedó mas que este solo en las manos de los monarcas, y la virtud de

una obediencia pasiva en los pueblos. Federico II no veia mas en el Estado que una máquina, y cifró toda la dicha del hombre en su bienestar exterior; Luis XV, con sus voluptuosidades groseras, ultrajaba el pudor y la moral; en Inglaterra los Walpole elevaron á sistema gubernativo la corrupcion, y reemplazaron los sentimientos profundos de generosidad, los sentimientos de amor patrio y las creencias con la avidez y el egoismo; y un ministro decia con altas exclamaciones: ¿cuál seria la suerte de Inglaterra si hubiera de observar siempre justicia con Francia? En Portugal se hacia afrenta al buen sentido con procesos repugnantes por sus absurdos, y con ejecuciones que hacian estremecer por su atrocidad; el emperador José II perpetró atentados contra la nacionalidad de Baviera, y finalmente se anuló la de Polonia: lo que significaba en otros términos, que los mismos monarcas socavaron el pedestal de aquel derecho de legitimidad, que habian querido afirmar.

A consecuencia de un absolutismo, llevado á tan alto grado de desfachatez, se vino á parar en que el ejército fuese únicamente la *razon última de los reyes*: y se creyó, que era lícito para sostenerlo acudir á todos los esfuerzos, los cuales, aunque mayores de los que se hubiesen empleado en otra época para apoyar el honor, la fe, la justicia ó la pública opinion, no podian nunca calificarse de excesivos. Habiendo llegado la propension bélica hasta la exageracion, no encontró mas punto de apoyo que la hacienda, y por lo tanto se debilitaba ó adquiria nuevas fuerzas segun las oscilaciones de ésta; en efecto, la guerra se reanimaba tan luego como el tesoro público se hallaba en el caso de suministrar nuevas cantidades. Los estados reducidos se encontraron tambien en el duro trance de hacer estremados esfuerzos para tener á sus órdenes una muchedumbre armada, por lo que se acudió á buscar auxilios del extranjero y á medios interiores, que pudiesen proporcionar recursos, atropellando al pueblo con toda especie de estorsiones, hollando las libertades, que dimanaban de privilegios tradicionales, teniendo en cuenta mas bien el número de los soldados que el verdadero valor y una voluntad resuelta, y no parándose en la fuerza intelectual y moral, porque ésta no puede sujetarse á medidas materiales; así es, que el ejército únicamente sirvió de valla entre los pueblos y los monarcas; pero destrozado éste, ¿quebaba acaso alguna cosa mas? A semejante pregunta han contestado ya las conquistas, que con tanta facilidad verificó la revolucion.

Los monarcas, luego que se separaron de los buenos principios de la moral, no hicieron mas que engañarse á sí mismos, perdiendo de vista lo que mas pudiera convenirles. Un feudo muy reducido de Polonia (Prusia) habia medrado paulatinamente por medio de agregaciones heterogéneas de territorio, las cuales no tenian mas lazo que las reuniera

sino el de una administracion comun; pero habiéndose secularizado en la época de la reforma el gran maestro del orden teutónico, que poseia el feudo mencionado, éste llegó á ocupar un puesto entre las potencias de segunda clase (1); y por medio de las armas, su señor llegó en breve á darse tanta importancia, que fué considerado como un aliado muy interesante por las potencias de primer orden, y convirtió su estado en centro de los sentimientos de la nacionalidad y protestantismo de Alemania. En efecto, en la guerra de siete años, la mitad del territorio de esta nacion se separó del imperio, por lo que su constitucion sufrió un gran quebranto; pero la política prusiana no tuvo bastante osadia para dar cumplimiento á una absoluta segregacion.

Un bárbaro, que no habia podido ni siquiera conseguir en el tratado de Westfalia el título de *Alteza*, privó á Suecia de una parte de territorio para levantar los cimientos de su capital; se apoderó de una porcion de mar perteneciente á Turquía para hacerse un puerto, y á Polonia, que en breve se encontró en la necesidad de tenerse que sujetar á la ley que le impuso, la privó tambien de algunas provincias para proporcionarse una comunicacion con Europa. Sin embargo, la Polonia únicamente servia de barrera entre Rusia y Turquía; pero las potencias la derribaron, y los que tomaron parte en su division, advirtieron tarde que Rusia se aproximaba con rostro amenazador, y que aquella nacion de costumbres salvajes, pero poseedora de ciudades civilizadas, de tradiciones y de artes, se habia abierto camino hasta el centro de Europa; además, las potencias habian dado el ejemplo de la inmoralidad, y éste estaba grabado en la memoria de todos.

Los príncipes, considerándose ya suficientemente fuertes, alteraron aquel equilibrio, cuya sancion pregonaban como principio superior. La Gran Bretaña descollaba entre las demas naciones por su mucha opulencia y comercio, y erguia su frente gigantesca entre las tormentas continentales, dándolas mas fuerza ó amortiguándolas por medio de intereses pecuniarios; no dejando al mismo tiempo de alimentar sentimientos rencorosos contra Francia, protectora de la guerra de la independencia americana. La Rusia contribuyó tambien á trastornar el equilibrio, porque, anhelando hacerse dueña de la Finlandia y de la Turquía, habia llegado á compren-

(1) El que quiera conocer todos los pormenores del origen y progresos del reino de Prusia y del orden teutónico, de sus intimas relaciones con Polonia, cuando aquella no era mas que un feudo de esta última, y las circunstancias que acompañaron la secularizacion del gran maestro del orden teutónico, podrá leer las Memorias de la casa de Brandeburgo, escritas por Federico II de Prusia, que pueden calificarse con el título de obra excelente.

[Nota del traductor.]

HISTORIA.—19.

der que una desavenencia entre las potencias podia facilitarle los medios de satisfacer sus deseos. Italia se encontraba en el caso de no resistirse al que quisiera acometerla, porque las voluntades de sus habitantes no conservaban un centro de unidad. El Piamonte no tenia fuerza bastante para oponerse á Francia, ni podia escudarse contra el poder de Austria, por lo cual deseaba, para engrandecerse, la posesion del Milanésado y del Genovesado, mientras que Austria anhelaba apoderarse de Venecia y del territorio de los Grisones, para tener una comunicacion directa con sus dominios italianos. Pero esta potencia, que á pesar de sus reveses se habia engrandecido, echando en olvido su principio conservador, no titubeó en convertirse en invasora, porque la idea de tener por do quiera pueblos vecinos y poderosos y no fronteras, la acosaba. En efecto, sus dominios de Lombardía y sus posesiones de Bélgica, la hacian recelosa de la enemidad de Italia y Francia. Se esforzó tambien en conservarse el grave y honroso encargo de dirigir los altos negocios del imperio; pero éste era una máquina carcomida y sin movimiento, á pesar de que no dejaba de estar en continua agitacion. Prusia, que habia tomado formas gigantescas, se quedó enervada al fallecimiento del gran Federico (1). Entre las poten-

[1] El conde de Mirabeau, que residia en Berlin cuando aconteció la muerte de Federico el Grande, dice en su obra, que hemos citado anteriormente, intitulada "Monarchie prussienne," que le ocasionó maravilla la indiferencia con que el pueblo de Berlin recibió la noticia del fallecimiento de aquel monarca, que habia llevado á grande auge todo su reino. Nosotros, reflexionando sobre el particular, diremos que aquella indiferencia fué en gran parte efecto de la desmoralizacion, que Federico habia propagado en todos sus Estados, proclamando los principios irreligiosos de la filosofía francesa de su siglo, cuyas funestas consecuencias, como ha probado nuestro Cantú, inoculaban el cinismo y el desprecio de los sentimientos delicados y de los afectos tiernos, reduciendo al hombre á una máquina, que recibia su movimiento del mas licencioso egoismo.

Lo que acabamos de esponer se evidenciaría aun mas, si queremos parangonar la indiferencia con que el pueblo de Berlin miró la muerte de su rey, con el profundo sentimiento, que despertó en los ánimos del pueblo de Florencia, la de Lorenzo el Magnífico, que era un príncipe altamente religioso, y Mecenas de los literatos no menos que Federico. La descripcion que nos ha dejado el célebre Roscoe de la muerte de aquel príncipe italiano, en su obra intitulada *El siglo de Lorenzo el Magnífico*, hace brotar las lágrimas, y forma un gran contraste con lo que dice Mirabeau acerca del fallecimiento de Federico. Roscoe nos entusiasma, y Mirabeau nos deja fríos y apáticos; el primero nos da la idea de un príncipe, que ama la virtud y á los hombres; el segundo la de un adepto de los filósofos de la destruccion social y religiosa.

[Nota del traductor.]

cias de segundo orden, á España no había quedado mas de sus antiguas instituciones que la inquisición, cuya memoria se hermanaba con el pesar de verse convertida en colonia francesa, corriendo la misma suerte que Portugal, convertido en colonia inglesa; pues, así la primera como el segundo, no tenían fuerzas para sostenerse por sí: las repúblicas oscilaban entre partidos encontrados; Turquía y Polonia estaban en brazos de la anarquía, y la Europa entera experimentaba un malestar general: en efecto, agitaba los ánimos aquella especie de desasosiego, que se origina de la necesidad de apoyarse en buenos cimientos y de la privación de los medios para conseguirlo. ¡Ay de Europa si llega un día en que un hombre dotado de voluntad firme y poderosa, pueda descargar el último golpe sobre el conjunto de tantas voluntades y poderes quebrantados! (1)

Los pequeños príncipes alemanes se esforzaban en imitar la magnificencia de la corte de Luis XIV, y regresando de sus viajes, que ordinariamente emprendían á Italia, traían consigo un harem, y en seguida armaban en su corte una algarazara con festejos, amoríos, certámenes poéticos, espectáculos, atavíos de moda, partidas de caza en parques de bosques muy dilatados, y hacían alarde en todo de gran magnificencia; pero tanto lujo, que era el efecto de una imitación extranjera, en vez de engalanar los modales cortesanos, daba alas al vicio y despojaba la culpa de aquel sentimiento de pudor, que solo puede reprimirla. Nadie ignora los despilfarros insensatos de Federico Augusto, elector de Sajonia, que prodigó en manebas veinticinco millones de francos, y no contentándose con esto, brindó en el campo de Mühlberg á cuarenta y siete monarcas con un banquete de treinta días. A tantas puerilidades, altamente perjudiciales, se unían las intrigas y las pasiones rivales que fomentaban un feudalismo ya debilitado, y el ansia de conseguir un título cualquiera ó una preeminencia para colocarse en un puesto mas preferente en su gerarquía. Los príncipes alemanes, que reunían á su poder temporal el sagrado ministerio episcopal, eran también un objeto de escándalo, y las órdenes que por su institución pertenecían á los dos ramos militar y religioso, llevaban en triunfo el sacrilegio, hollando el voto de castidad. Hé aquí los adelantos que hacían en su vida estos príncipes, los cuales remedaban á aquella Francia, que era objeto de su odio, únicamente porque sus mentores habían sido los emigrados franceses. En los gabinetes de los electores eclesiásticos y de los canónigos, que tenían diez y seis cuarteles en su blason de armas, se veían los bustos de Voltaire y de Rousseau. Federico II otorgó li-

(1) El autor en este pasaje alude á Napoleón. [Nota del traductor.]

bertad á la prensa en punto á cosas religiosas, y enumerando las razones que le habían inducido á ello, decía, entre otras, que lo había hecho, porque este era un medio muy eficaz para distraer al público de los asuntos políticos, y añadía: "Hablad hasta cuando queráis y sobre cualquier incidente que se os antoje, con tal que no me falteis á la obediencia." Este monarca tuvo también la funesta osadía de darse por materialista en el elogio que hizo del insensato La Matrie.

Acrecentaba aun el vituperio de la opinión, que entonces estaba en boga, el ver que aquellos mismos que profesaban el maquiavelismo, pretendían apoyar sus nuevos códigos en las teorías de Montesquieu, apelando á la justicia, á la tolerancia, á la filantropía. Es cierto que estos abolían privilegios, pero lo hacían con intención de reunirlos todos en sus manos, y si fomentaban el espíritu de agitación, éste se quedaba estéril, porque no lo dirigían por la senda de la libertad; algunos no se desprendían de su adhesión á lo pasado, y lejos de echar mano de las reformas, permanecían en la inacción, esperando que el mal llegara á su apogeo, y confiando en que podían conservar los sistemas envejecidos; por lo cual lo arreglaban todo en conformidad con lo presente en vez de dirigirse por el camino que podía conducirlos al porvenir. Otros anhelaban ambiciosamente el nombre de filósofos con el mismo afán que en otra época se tenía para lograr el de católico ó de cristianísimo; así que, dieron cabida á las innovaciones, pero bajo condición de que fuesen obra suya y redundasen también en su provecho. Estos últimos pretendían escudarlo todo con la tutela gubernativa, pero la nación no se creía ya en el caso de estar en pupilage; pretendían que el mundo debiese su impulso exclusivamente al gobierno, mientras que era la sociedad la que se lo comunicaba; pretendían hacerse dispensadores de las luces, sujetándolas á peso y medida, mientras que la política, la religion, la economía y la filosofía se habían soltado de todas sus trabas mediante el libre exámen, que producía ya sus efectos: *todo en bien del pueblo, pero nada por su medio*, decía Federico II de Prusia, y los demas no dejaban de repetirlo. Causa por cierto alegría el espectáculo de estos príncipes y de sus ministros, que redoblan sus esfuerzos para fomentar la prosperidad de los varios países, para aumentar sus fuerzas y dar ensanche al lujo; pero es triste el reflexionar, que conculcaron el sentimiento moral de los pueblos, haciéndolo todo en nombre y ventaja del absolutismo, y reemplazando los antiguos hábitos, así morales como civiles, con instituciones que aparentaban un aspecto matemático y material. En efecto, aquellas reformas, que dimanaban en su mayor parte de un principio puramente negativo, arrancaban los males y al mismo tiempo cortaban de raíz el bien; y podemos decir, que la demolición,

estralimitándose, calificó de preocupaciones y abusos las cosas mas respetables, tanto sagradas como civiles, sin impedir que los desórdenes antiguos volviesen á levantar la cabeza bajo otras formas. Las desacertadas novedades no se arraigaron, y por do quiera los que subieron al poder despues de los innovadores, lejos de respetar la obra de sus predecesores, se dieron prisa á destruirla. Pombal redujo el pueblo á la aniquilación, y reunió todos los poderes y toda la actividad de Portugal en sus manos, pero María anonadó todo lo hecho por aquel ministro: José II feneció sumido en la desolación, no sabiendo apartar su vista de las consecuencias fatales que habían producido sus reformas políticas trastornándolo todo, por lo que Leopoldo, su hermano, volvió á levantar el edificio antiguo; Maurepas anuló las innovaciones de Choiseul; Calonne no respetó las de Necker, y finalmente los pueblos, cuyas convicciones habían sufrido un gran sacudimiento, llegaron á persuadirse de que nada había estable y seguro; y que les era también permitido hacer preparativos para lo que reputasen mas ventajoso para su bien, aun cuando pudiesen equivocarse en sus medidas como los monarcas.

Habiendo llegado á conocerse que era una necesidad la buena organización de la hacienda, y dar garantías á la tranquilidad pública, se opinó que el medio mas oportuno para regularizar una vasta administración, era el de reducirla á combinaciones que le diesen el movimiento acompasado de una máquina. Esta idea sugirió otra, á saber: que la prosperidad de un Estado se apoya con especialidad en las formas administrativas; por lo que, cada cual se dirigió precipitadamente por el camino de las innovaciones, no cuidándose de que fuesen á propósito ó impertinentes, con tal que tuviesen todas el aspecto de la novedad. La redacción de los códigos se quedó á cargo de los legistas, los cuales no tenían de filósofos mas que el nombre, hallándose por lo demas desprovistos de los conocimientos necesarios para aplicación de las doctrinas generales, y de aquel sentimiento que puede únicamente sugerir los medios de concordar los hechos históricos. El ejercicio del poder, que tenía formas bárbaras en la edad media, había puesto á los pontífices en la necesidad de convertirse en señores territoriales y ocuparse en cosas que se diferenciaban de los intereses espirituales. Semejante hecho dió origen á muy graves conflictos en la época que vamos recorriendo, á causa de que los príncipes dieron pábulo á la desconfianza de los pueblos con respecto á la supremacía de la Silla Apostólica; y poniendo de manifiesto hechos particulares, en que los pontífices habían abusado de su autoridad, hicieron proclamar por los filósofos, que la tiranía que pesaba sobre los pueblos, era obra de los eclesiásticos. Se propusieron, por último, postrarlos; y Federico II, el empera-

dor José, el marqués de Pombal, el conde de Aranda y Mr. de Choiseul aspiraron al renombre de liberales únicamente por haberse mostrado contrarios al clero. Hé aquí cómo el despotismo administrativo, haciendo servir de pretexto la idea de las útiles reformas, aniquilaba en toda Europa las instituciones, que garantizaban la libertad, así pública como particular, y no dejando salir las asambleas políticas de la esfera de una pura fórmula, anulaba toda representación nacional, y rompía todas las barreras que en otra época habían puesto coto á las arbitrariedades del poder.

Los mismos monarcas quisieron evidenciar terminantemente lo mucho que se había exajerado su poder, arrojando frente á frente la autoridad de la Silla Apostólica, y verificando la espulsion de la Compañía de Jesús. Los que anhelaban que los monarcas continuasen el mismo rumbo, desplegaron un realismo excesivo, y estos, que no habían comprendido todavía que es menester no tener confianza en los aduladores, se inclinaban al aura placentera de sus halagos, y declarando que no incumbía á los particulares fallar ó sujetar á interpretaciones las voluntades soberanas, exigieron que se calificasen siempre como justas las razones que guardaban en su augusto pecho (1).

Igualmente, lo que en otros términos significa acudiendo á golpes de Estado, igualmente digo, se verificó la abolición de los parlamentos en Francia, y de las asambleas provinciales en Lombardía; los adictos al poder de las instituciones anticuadas repugnaban inclinarse al poder de las opiniones nuevas, y un monarca inglés decía: "Cedería por una sola guinea todas las odas del poeta tebano (Píndaro);" mientras que otro monarca de Saboya exclamaba: "Aprecio mas á un tambor de regimiento que á toda una corporación de académicos;" y los personajes, que se distinguían por las dotes de su ingenio, viéndose despreciados, dirigieron sus armas contra aquellos que podían haberlos cautivado y convertirlos en sus propios servidores. Y finalmente, el clero, mal satisfecho, se abstuvo de inculcar el deber de la subordinación: así Abimalech destruía á Saul (2).

[1] Estas últimas palabras de nuestro autor hacen alusión á la pragmática que publicó Carlos III, en la cual se decía, que el rey había espulsado á los jesuitas para conservar la seguridad del Estado y por otras razones que el monarca tenía guardadas en su corazón.—Véase la página 77 de esta obra.

[Nota del traductor.]

(2) Esta alegoría ó metáfora de nuestro autor, no nos parece muy exacta, porque poniendo en antítesis á Abimalech con Saul, es lo mismo que comparar al pueblo con el primero, y al segundo con los monarcas de la época á que alude nuestro autor. Con respecto á estos últimos, no diremos nada, porque nosotros no pretende-